

En las referencias a América Latina, continente al que Schmidt ve con ojos esperanzados, se pueden observar esas exageraciones en las historias referidas a México, Bolivia, Brasil, Uruguay y Chile, entre otros.

No se puede afirmar que en México el anarquismo tuvo preponderancia al frente de la clase obrera desde 1880 hasta 1930, pasando por alto la terrible traición a la revolución que significó el apoyo del anarquismo al gobierno de Carranza y su oposición a los revolucionarios campesinos. Schmidt no desconoce este hecho, al cual más adelante critica, pero entonces esa “preponderancia” no es ejercida por el anarquismo que el autor reivindica, o bien el autor reivindica un conglomerado político donde cabe el reformismo.

En cuanto a la Argentina, igualmente, establece que el anarquismo prevaleció en las primeras tres décadas del siglo XX, porque identifica para su línea al sindicalismo posterior a 1915, que tuvo una política oscilante y reformista. Afirma sorprendentemente que la huelga “más importante del siglo, según Abad de Santillán” fue la de los marinos en 1956, que duró seis meses. Identifica las luchas contra la dictadura en los 70 y 80 con las luchas del anarquismo, a partir de la investigación de López Trujillo sobre el grupo Resistencia Libertaria, que (según Schmidt) “defendía a los obreros fabriles de los asesinatos de los militares”.

En definitiva, el elemento positivo del libro consiste en tratar de encontrar una nueva guía de lectura para la historia internacional del anarquismo (incluso redefiniendo la periodización) y en su preocupación por dejar fuera del movimiento a los grupos individualistas, disgregacionistas y sectarios. Pareciera afirmar que el anarquismo se sostiene como parte del proletariado o bien se abandona a un individualismo estéril. La parte problemática del trabajo consiste en el apresuramiento con que se pone un signo igual en grupos, movimientos y sindicatos diversos, en la carencia de bibliografía fidedigna (ajena al anarquismo) y en la apasionada exageración con la que evalúa los diferentes avatares de su movimiento. Por otra parte, la tumba del anarquismo que fue la guerra civil española, reclama todavía un balance político serio.

Hernán M. Díaz

* * *

Karin Grammatico, *Mujeres Montoneras. Una historia de la Agrupación Evita*, ediciones Luxemburg, Buenos Aires, 2011.

El objetivo de la autora en este libro es reconstruir la historia de un brazo político de Montoneros: la Agrupación Evita de la Rama Femenina. Ella plantea que su obra tiene una doble inscripción historiográfica: por

un lado, participa del campo de la historia reciente, especialmente en lo que se refiere a la militancia revolucionaria de los años 60 y 70; y, por otro lado, en sus palabras “interroga ese pasado que no pasa, atenta a desgranar las relaciones de género que atraviesan y sustentan a los fenómenos humanos. Así la historia que aquí se narra es producto del entrecruzamiento entre (...) la historia reciente y los estudios de género” (14).

El 19 de septiembre de 1973 decenas de miles de peronistas se reunieron en Plaza Once para manifestar su apoyo a la candidatura de Juan Domingo Perón, de cara a las elecciones presidenciales que tendrían lugar el día 23. Se trataba del acto de cierre de campaña que la juventud peronista –Regionales– organizó bajo la consigna “Por Perón Presidente”. En este acto se anunció la constitución de la Agrupación Evita definida como la expresión radicalizada del peronismo dentro de la Rama Femenina. A diferencia del resto de los brazos políticos montoneros, a la autora le llamó la atención que la Agrupación Evita se autodenominara “de la Rama Femenina”. Esta denominación marcaba explícitamente su intención de formar parte del espacio institucional femenino del peronismo. Grammático se pregunta: ¿qué pretendía la conducción de Montoneros con esta inscripción para su frente de mujeres?

La autora responde a esta pregunta que, para la organización político-militar, alcanzar ese objetivo era el paso necesario para alcanzar una ambición mayor. Señala que en el marco de su disputa con la “Patria Peronista” por el control del Movimiento, no resultaba menor hegemonizar ese espacio femenino que, al menos desde el regreso del peronismo al poder, actuaba políticamente en consonancia con los intereses de la ortodoxia peronista. Y añade que en 1973 la Rama Femenina por sí sola no representaba un espacio determinante para el peronismo pero mantenía su lugar y su voto en el Consejo Superior del Justicialismo a la hora de tomar decisiones, y era convocada a participar de las reuniones en pie de igualdad junto con los representantes de las ramas políticas (masculina) y sindical.

La Agrupación Evita se presentaba como la renovación de la Rama Femenina, negaba todo lo actuado por ésta durante las dos últimas décadas. La Agrupación, según la autora, admite ser pensada como un modo por el cual Montoneros pretendió hacerse de un lugar en la Rama Femenina para luego coparla y así contar con una herramienta más en su enfrentamiento con la ortodoxia peronista. De hecho sostiene que “la situación política de Montoneros, la relación con Perón y el enfrentamiento político con la ortodoxia del movimiento determinaron la historia de la Agrupación Evita” (121).

Grammático hace una descripción exhaustiva de las actividades que desarrollaba la Agrupación. Ésta llevó adelante distintas tareas, algunas

vinculadas con la formación política de sus adherentes, otras dedicadas a colaborar con el bienestar de la niñez y las madres. La recreación y el apoyo escolar para la infancia, la reconstrucción material de los barrios y villas, la salud de las embarazadas, el pedido por la existencia de jardines maternales. Según la autora, estas tareas de una u otra manera reforzaban el papel de las mujeres como madres y esposas, y, según sus palabras, fueron creando una politización de las mujeres.

Si bien a nuestro entender la autora hace un aporte a la historia reciente estudiando una organización casi inexplorada con una serie de entrevistas que fundamentan el análisis de esta organización, no sucede lo mismo desde el punto de vista de los estudios de género. Que un trabajo esté inscripto en los estudios de género implica examinar las asimetrías de poder entre los géneros socialmente construidos a nivel subjetivo, como así también las bases materiales de estas desigualdades a nivel objetivo. En el análisis de la autora estas cuestiones no se encuentran desarrolladas. Si bien efectivamente hallamos un análisis que rescata a la Agrupación Evita, su historia, su relación con Montoneros y sus militantes mujeres, no obstante quedan oscurecidas las relaciones de género tanto hacia el interior de la organización como en su relación con Montoneros.

La autora plantea que, para legitimar su intención de formar parte de la Rama Femenina, la Agrupación Evita apeló a la propia palabra de Perón. Se trató de un discurso que éste dio ante las delegadas de su Movimiento el 27 de agosto de 1973 y que fue tomado como material de discusión política de la Agrupación. Este discurso se conoció como "Perón convoca a la mujer". En éste, Perón no se alejaba de lo que consideraba la condición que habilitaba a las mujeres para la participación política: la de ser esposas y madres, y aún cuando ponderó su presencia en el mercado laboral, dejó claro que el lugar de acción de las mujeres estaba en su propia casa. No hallamos en su obra la raíz, el por qué de esta concepción: ¿por qué las mujeres tenían que militar por la familia? ¿por qué el lugar de la mujer era su casa?

Otra cuestión de absoluta relevancia para el estudio de las relaciones de género dentro de una organización política era la de la relación entre el sexo y las tareas de los militantes. La autora se hace dos preguntas de fundamental relevancia para su investigación: ¿quiénes se hicieron cargo de la Agrupación Evita?, ¿y cómo impactó en ellas la comunicación de que formarían parte del frente femenino? Las decisiones sobre los destinos políticos de los cuadros montoneros eran tomadas por las máximas autoridades de la organización. En el caso de la Agrupación Evita, la mayoría de las dirigentes que la conformaron provinieron mayoritariamente de la Juventud Peronista, aunque también las hubo de la Juventud Universitaria Peronista y de la Juventud Trabajadora Pero-

nista. Cuando a las jóvenes se les informaba sobre su nuevo destino de militancia, reaccionaban con enojo y fastidio. Sus propias entrevistadas le responden que “veían participar de la Agrupación Evita como algo inferior”. La autora no se detiene en el por qué de estas cuestiones, lo que hace que en su análisis queden oscurecidas las relaciones de género. No obstante, la autora rescató una organización de mujeres que no había sido tomada en cuenta por la historiografía iluminando sus experiencias, lo que fue un gran aporte a los estudios de historia reciente.

Verónica Norando

* * *